

LLORIANA



Caía la tarde, el sol se ocultaba en el horizonte acercándose cada vez más al cabo Vidio, lo que indicaba que el verano tocaba a su fin, y Adrián se sentó en el viejo vaivén, no lejos de la palmera que él mismo había plantado hacía ya treinta años.

Apenas tuvo tiempo de disfrutar de la puesta en solitario, porque casi de inmediato sus nietas mayores (de nueve y siete años) Isabel y Sara se acomodaron

a su lado, mientras Marta sentaba en su regazo.

-Abuelo, mamá ya está preparando todas las cosas para marchar, y en tu casa la abuela también está empaquetando, y este año durante las vacaciones no nos has contando ninguna historia ni ningún cuento... -Apenas sin haber acabado Isabel, Sara continuó.

-Eso, y tampoco nos hemos acercado ninguna noche a la verja para vigilar a los contrabandistas.

A Marta no le interesaban tanto esas historias y ella se lo pasaba mejor acurrucada en su abuelo mientras tarareaban alguna vieja canción, como lo habían hecho algún que otro atardecer en el mismo sitio, mientras sus hermanas jugaban por el prado entre ellas, con su primo ó con algunos amigos, además tenía que seguir protegiendo su sitio, el de la más pequeña... bueno, el de la más pequeña ya no, porque detrás estaba Inés que con sus diez meses recién cumplidos cada vez acaparaba más la atención de todos... incluso la de su abuelo, por eso tenía que aprovecharse cuando no estaba cerca.

Adrián pareció intuir esta reflexión de Marta y la atrajo rodeándola fuertemente con sus brazos, mientras empezó a tararear la canción que Marta secundó con fuerza.

Poco duró el encanto, pues antes de finalizar la canción, llegó su nuera con Inés en los brazos, desplazó a Marta y la sentó en su cuello...

-Toma, para que este momento mágico sea completo, si no tu nieta pequeña no te va a querer como Marta...

Adrián tomó de nuevo a Marta, la sentó a ella en una pierna y a Inés en la otra, mientras, alargaba los brazos para atraer hacia sí a Isabel y a Sara, invitándolas a que se unieran a la canción que protagonizaba Marta, mientras el sol hacía mutis por el horizonte.

Por la noche Adrián meditaba en las palabras de sus nietas mayores y efectivamente había sido un verano atípico; sí, habían estado juntos las vacaciones, Julio y Agosto, pero con

escapadas por las dos partes, los abuelos algún que otro fin de semana solos y las nietas con sus padres diez días en Agosto, mientras todo el tiempo que coincidieron, visitas de familiares, de amigos... Efectivamente, Adrián apenas había tenido momentos con sus nietas para contarles historias, cuentos, vivencias..., como lo había hecho anteriormente en fines de semana, ó simplemente en el recorrido de llevarlas al colegio. Además, cayó en la cuenta que sí le había dedicado muchos momentos a la gorda de Inés, que con nueve y diez meses estaba para comérsela... Aunque seria, vendiendo cara la sonrisa, era muy buena, sin más llantos que el de avisar para la comida ó para que la cambiasen... Indudablemente su saldo de abuelo no había sido demasiado positivo este verano, pues vacacionó en lo de cuentacuentos y tuvo poco tacto con Marta respecto a Inés, por lo que tendría que ponerle remedio durante el curso.

Al día siguiente su nuera y su mujer, se afanaban las dos, cada una en su casa, en recoger y dejarlo todo limpio y preparado para marchar después de comer. Entre tanto las niñas jugaban por el prado y la "gorda", es decir la pequeña Inés, lo contemplaba todo sentada en su silla desde la antojana sin decir ni mu... salvo cuando apareció Xana, la vieja gata siamesa que a partir de hoy quedaría en la finca como habitante oficial, pues hasta el verano, y durante más de diez años lo había sido del piso de Oviedo y como todos venía de vacaciones a Bayas, pero este año, después de una larga batalla, se impuso lo de: -¿La gata ó yo?, y Adrián tuvo que ceder ante los beneficios médicos que el exilio de Xana supondría para la alergia de su mujer.

Al ver a Xana, Adrián tuvo una idea para poder llevar a sus nietas a la Villa y así al menos despedir el verano consintiéndolas. Cogió la gata, llamó a sus nietas y poniéndola panza arriba les indicó un sitio en la barriga donde acaba de ver una pulga...

-¿La habéis visto?

-Sí... -Las tres sin dudar. ¡Mamá, mamá... abuela, abuela.... Xana tiene pulgas!

Ese era el grito que Adrián esperaba para, con absoluta disculpa, coger el coche, subir con sus tres nietas y pasar el resto de la mañana en la Villa consintiéndolas, bajo el pretexto de acudir al veterinario para solventar el problema. Como así fue: parque, chuches, refrescos, helados etc.

Antes de volver al coche entraron en la última cafetería, pues el abuelo también tenía derecho a un café tranquilo y a leer el periódico, a lo que no pusieron objeción pues estaban algo cansadas y además tenían buen aprovisionamiento de chuches.

Pasado un rato, viendo que el abuelo estaba enzarzado en la lectura del periódico con gran interés, sobre todo leyendo una página completa, Isabel y Sara asomaron la cabeza a la página y al tiempo que le preguntaban qué leía con tanto interés, leyeron en voz alta el encabezamiento del de la página.

-La jubilación de un empresario pionero en Asturias... -Las dos se miraron con extrañeza y señalaron la foto. ¿Quién es este?

-Se llama Manuel Álvarez, nosotros le llamábamos LLORIANA.

-Tú ¿lo conoces?

-Sí, lo conocí cuando yo tenía catorce ó quince años, hace ya cincuenta años... Y desde entonces no lo volví a ver, hasta hoy, que lo veo en esta fotografía. Y ¿sabéis una cosa?, aunque ya es muy mayor tiene la misma cara, un poco envejecida, pero la misma, la misma mirada, la misma sonrisa...

-Abue, tú conoces a mucha gente... -Intervino Marta como dando importancia a su abuelo.

-Pero ¿quién es, por qué sale en el periódico? -Preguntó Sara.

-Pues es un señor que trabajó mucho, hizo una gran empresa que da trabajo a mucha gente y por eso, ahora al jubilarse, hablan de él en el periódico.

-Hacer trabajo es muy importante, pues yo tengo una amiga del cole que sus papás quedaron sin trabajo y creo que tienen que regalarles los libros para el cole y les ayudan sus abuelos. Un amigo mío dijo que cuando los papás quedan sin trabajo tienen que ir a comer todos con las monjitas.

-Claro Isabel, es porque estamos en... en.... Abuelo, ¿cómo se dice eso que se parece a criticar?

-Crisis. -Le respondió a Sara sintetizando el relato.- Y para terminar, os voy a contar exactamente cuando conocí a Lloriana. Era el año 1957 ó 1958. Yo vine a estudiar a Avilés al Instituto Carreño Miranda, aquel que os enseñé el verano pasado en la visita que hicimos al muelle y a aquel parque tan grande, y vivía en casa de mi tía en el Puente Azud, donde teníamos un bar y delante había una explanada donde aparcaban muchos camiones que trabajaban en ENSIDESA. Lloriana tenía uno de aquellos camiones y lo recuerdo como un hombre joven, con mucha personalidad, trabajando siempre desde que amanecía hasta la noche... Yo lo recuerdo algún domingo arreglando su camión, con las manos manchadas de aceite y un algodón colgándole del bolso...

-¿Un algodón?

-Sí Sara, era como si fuera un puñado de algodón, pero de hilos, y servía para limpiar las manos de grasa.

-Abuelo, ¿si hubiera mucha gente como ese Lloriana, no habría crisis y todo el mundo tendría trabajo? -Isabel parecía preocupada por la falta de trabajo de los papás de su amiga de clase.

-Posiblemente... Pero ya es hora de irnos.

Adrián pagó la consumición, tendió la mano a Marta, e Isabel y Sara le rodearon acuchillándole a preguntas mientras se dirigían al coche. En aquellos momentos era consciente de todo lo que se había perdido durante el verano.